

## Duerme que yo te velo

Él, sentado frente a ella, en un rincón soleado del salón, mira y ve por primera vez el alma de su amada, escucha sus palabras y levemente, con masculina templanza, una tierna sonrisa sostiene la lagrima que cayendo le delata.

Se han reencontrado después de años. Gracias a un azaroso traslado de casa llegó a las manos del hombre una vieja y olvidada carta que ella escribió. Nada más ver los ajados folios y sostenerlos en sus manos reconoció la letra, los giros, las palabras, la firma y le tembló el alma hasta los cimientos. En las últimas horas se han recreado contándose venturas y desventuras, en las que cada uno anduvo por la vida sin la presencia del otro.

- La noche que escribí esta carta, realmente me despedí de ti para siempre. -Le confiesa ella.- Me envolvía la certeza de que tú no volverías nunca. Estaba sentada en el sillón donde velé tu ausencia cientos de veces, llena de amor unas, de felicidad muchas y de miedo otras. Mis ojos, una vez más, llenos de imparables lagrimas, te veían dormido, sereno, envuelto en el silencio de los sueños. Era fácil verte, a pesar de la distancia. Tu cuerpo, tu alma, toda tu esencia se había quedado atrapada en mi memoria, en mi casa. - Un suspiro se coló en sus palabras. - No necesitaba ni cerrar los ojos para verte, no dejabas de estar presente, silencioso y quieto como en los últimos meses de alejamiento agónico... - Él, dejando caer sobre la mesa las sobadas paginas, con un gesto tierno y de espontánea solidaridad de naufrago, le cogió la mano acariciándola. Ella siguió hablando. - Escribí para vaciar mi alma, para curarme, buscando la calma que da decirlo todo, vistiendo mi duelo de palabras. Velé mi dolor y no el tuyo. En mi vigila, en mi rosario de todo lo que fue, en la terrible letanía de todo lo que no sería, la oración que más

cerca sentía era la que tus labios repetían en las sombras de mi razón desvalida. Te escuchaba decir una y otra vez: "No sé que me pasa..., no sé que quiero..., no sé que siento..., no sé porqué me quieres. . . , no sé donde voy..., no sé..., no sé..."

- Nunca pensé que estas páginas llegarían a tus manos. - Ella lo miraba a los ojos con profunda melancolía. - Nunca soñé que las leerías, no esperé que ellas te devolvieran a mi lado después de tantos años. De hecho, fueron escritas para el silencio y el olvido, para ser quemadas cuando solo fueras un tolerable recuerdo, cuando al leerlas me arrancaran una sonrisa y no el llanto. No puedo imaginar cómo las has encontrado, mejor dicho, cómo te han encontrado ellas a ti.

Él sonríe y eleva los hombros, todavía no está dispuesto a rebelar ese misterio. Ahora, armado de valor por la espada del tiempo, se atreve a desplegar las amarillas hojas ante ella, las releo por milésima vez pero en voz alta y, por momentos quebrada:

"Duerme mi amor, ¿Qué cómo te quiero? Duerme que yo te velo. ¿Cómo te habría de querer? ¿No sabes que eres mi cielo? Pues te lo cuento y te velo.

Con todo mi corazón, con toda mi alma, con todo mi cuerpo, te quiero, con el fuego del Sol que me abrasa cuando te veo, con una alegría de saber que existes que no me cabe dentro, con terror de que sólo seas un sueño. Sólo verte me da paz, sólo escucharte me colma, sólo consolarte da forma a cada hora.

Día a día, te veo alejarte de mí, envuelto en capas de dudas. Se aleja tu mirada y se difumina tu alma. Es tal el deseo de ti, que duele y no me deja dormir, entonces te velo, no puedo

estar cerca de tu cuerpo y no tocarte, cuando lo hago es una renuncia tan grande que sólo los santos comparten.

Te velo y te espero. Escuché que en tiempos lejanos hubo una reina "Penélope" que amó de esta forma, decían que por la noche deshacía lo que durante el día tejía y que así engañaba al tiempo hasta que su amado, embarcado en el largo viaje de la sinrazón, volviera a su lado.

Cuando subiste a tu barco hecho de lejanas miradas, silencios tensos y “no sé qué...” te tendí el equipaje de libertad y amor que te había preparado el día, ya lejano, en que dejé de quererte para sin respiro amarte. Pedí a los dioses que, si no volvías, al menos, te guiaran a una isla de seguros puertos, al abrigo de estas tormentas que amenazan con destruir tus más íntimos sueños y convertirte en eterno naufrago.

En aquel momento, desprenderme de ti, todo era amor, pero, cuando las sirenas del océano de tus sueños te atraparon sentí rencor, odio, frenesí por tu falta de valor y la perversidad del momento. Sin embargo, yo tejo y destejo mientras te velo, esperando que llegues a tiempo hasta la ensenada de mi pecho.

Tu dices que todo me debes, que eres mi obra, que no sabes por qué te quiero.

Yo sólo sé que estoy viva, sobre todo, porque gracias a ti, me tiemblan las rodillas.

Por amarte aprendí más de la vida que si embarcada siguiera tus huellas hasta la peligrosa orilla de las sabias tinieblas. Te amo porque, amándote, soy rica, recibí de ti el don de la paciencia, la tolerancia y la risa más fresca. Esta pasión por ti